

# Escuelas de Caligrafía<sup>1</sup>

Silvia Tabakman<sup>2</sup>

majusios@hotmail.com

Enviado: 23/03/08

Aceptado: 29 /04/08

## RESUMEN

El contacto con docentes en el contexto de la actualización en temas de la didáctica de las ciencias sociales y la visita escolar al museo, nos permite reflexionar sobre cuestiones que exceden a esos contenidos.

Los cuerpos en la escuela, tanto de los docentes como de los alumnos; los glosarios y sus contextos, las decisiones acerca de los mejores contenidos a enseñar en cada comunidad se ponen en juego en estos encuentros.

La propuesta de generar experiencias estéticas en la escuela es una puerta que se abre hacia más y mejores conocimientos del mundo.

**Palabras clave:** poner el cuerpo; experiencias estéticas; glosarios; contextos.

## Teaching as Calligraphers

## ABSTRACT

Being in touch with teachers in the context of updating on teaching Social Sciences and the school's visit to the museum, allows us to reflect on questions that exceed those contents. Bodies at school- both teachers' and students' - ; the glossaries and their contexts, the decisions about the best contents to teach in each community are put into play in these encounters.

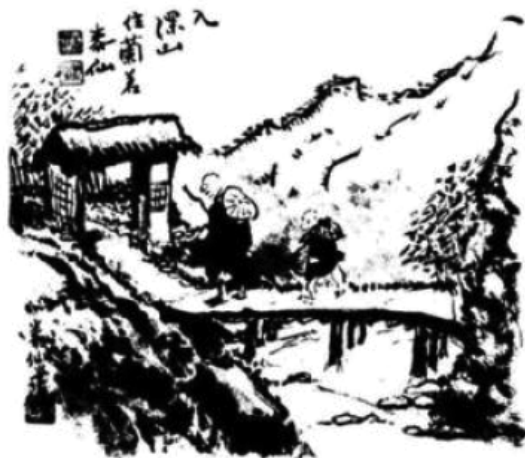
Generating aesthetic experiences at school is a door that opens towards more and better knowledge

**Keywords:** Bodies at school; aesthetic experiences; glossaries; contexts.

---

<sup>1</sup> Escuelas de caligrafía fue escrita a partir de mi tarea de actualización sobre temas de la didáctica de las ciencias sociales y de la visita escolar al museo con equipos de docentes que se desempeñan en escuelas públicas dependientes del Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. De la versión original se desprendieron muchas más. Es una escritura íntima, de la que dudo en compartir por estar escrita desde lo visceral. Dudo de la utilidad de hacerla circular. Dudo de esta, igual que dudo de otras escrituras al respecto. Si algún daño informático la borrara alguna vez de la memoria de mi disco rígido, quedaría la tarea de reconstruirla o de olvidarla. O de tomarla, para seguir escribiendo tantas versiones como experiencias tuviera.

<sup>2</sup> Licenciada en Ciencias de la Educación (U.B. A.) y maestra.



Se sabe de buena tinta. No es ninguna novedad que tenemos un problema en las escuelas. De un tiempo a esta parte, la gran mayoría de los docentes ha perdido unas cuantas certezas y más de un código que compartía con sus alumnos y alumnas y con la comunidad de su escuela. Las maestras repiten frases como: “Les digo juntar y no saben lo que quiere decir, me podés creer? No me entienden las palabras que digo...si no saben ni cómo se llama el padre o la madre...”

“Yo lo que pretendo es que salgan de acá sabiendo hablar. No tienen vocabulario. El otro día un nene me preguntó qué era eso redondo que había en el baño...”

De pronto hay que vérselas con chicos que hablan mal pero usan apropiadamente el lenguaje carcelario. La intención de restituir, de encontrar una regularidad, de mantener niveles de normalidad, de decidir lo que está bien, lo que hay que hacer, está muy bien. Estamos hablando de la escuela. Y en la escuela alguien puede saber más que otro, debe tener algo que enseñar a los alumnos, debe tomar decisiones. Pero algo suena raro cuando escucho a algunos docentes que dicen que saben lo que estos chicos necesitan. Y lo que necesitan, al parecer, es lo básico, lo más simple. Muchas maestras expresan y eligen lo que creen que es mejor “para estos chicos”. Una maestra decidió una vez que no tenía que enseñarles ni mostrarles a los chicos las fotos de una ciudad balnearia porque decía “ para qué, si estos chicos nunca van a ir..... esas cosas están muy lejos, mejor les enseñamos a hablar bien, mejor les enseñamos cómo es un baño...si ni saben lo que es un inodoro”. Mientras la escuchaba, vino a mi memoria la escena que presencié un verano en una escuela rural. Era en Ñorquinco, un pequeño caserío patagónico en el que no hay luz eléctrica. Mientras almorzaban, y gracias a un pequeño generador a nafta, veinte niños de entre 5 y 16 años conocían Nueva York siguiendo a un Tarzán que se descolgaba de las lianas entre los rascacielos de la Gran Manzana. Fue uno de esos momentos mágicos, uno de los tantos que puede haber en una escuela cualquiera y en cualquier lugar.

Poner el cuerpo: un debate en el encuentro de la actualización docente.

I - “Nos traés cosas muy lindas, que nos gustan para nosotras...pero eso para estos chicos no es...” “Se nota que vos tenés muchas ganas, y te lo agradecemos. Queremos que sigas viniendo, pero para nosotras.”

Cada vez que escucho esto, me convengo de que estos encuentros- en los que está siempre presente la suave textura de las brillosas hojas de una enciclopedia, en los que se siente el raro olor de la humedad de un libro bajado de los estantes más ocultos, que apelan a la magia del cierre de una bolsa que se abre para que aparezca un pequeño objeto- despiertan recuerdos, habilitan permisos que estaban medio dormidos en las maestras con las que trabajo. Me preguntan cómo hago para tener todo eso. Se interesan por los criterios de clasificación que utilizo en mi biblioteca. Quieren tenerlo, me preguntan dónde lo pueden conseguir. Es entonces cuando percibo que estoy metiéndome con sus deseos. Y quiero decirles (aunque no lo hago) que si eso está bueno para ellas, seguramente algo podrían tomar para sus alumnos. Invitarlas a generar experiencias estéticas vinculadas con el conocimiento del mundo.

Un día, como tantos otros, formalicé la invitación. Puse lugar, fecha y horario para que un grupo de docentes de distintas áreas y niveles entrara a un museo. Para muchos de ellos, era la primera vez que entraban. No había grandes consignas, ni guías de observación. Después del recorrido, una maestra vino ansiosa por confesarnos que los ojos de la mujer de un cuadro la habían estado mirando. ¡Genial! Berger, ¿estás ahí?

II. También hay quienes expresan:

- “Y...claro...vos hablás mucho, pero acá las que ponemos el cuerpo somos nosotras...”

Un día me encontré tratando de convencer a un grupo de maestras que yo también estaba poniendo el cuerpo. Porque estoy convencida que yo también lo pongo, aunque sería incapaz de sostener una jornada entera al frente de un grupo escolar como lo hacen ellas. ¿Acaso hay una sola manera de poner/le el cuerpo al trabajo en la escuela? Y me pregunto: ¿Cuál será la parte del cuerpo que hay que poner en la escuela?

III. Los temas del cuerpo no son poca cosa en las escuelas primarias por las que transito a diario. En las escuelas de la ciudad corren constantes versiones de denuncias de padres a maestras y maestros por “manoseo”. “Ya ni podemos abrazarlos cuando lloran, no podemos ni agarrarlos de la mano. Te ven y te meten una denuncia. Yo ya ni los toco...” Las versiones empiezan a ser una excelente excusa para alejarse y alimentar la fobia al contacto.

A veces creo que hay mucha tinta desperdiciada, que las escrituras sobre cómo vérselas con la pobreza en la escuela no engendran, no impactan, no provocan experiencias. Al menos no me provocan a mí. Es cierto lo que dicen las maestras. Hay que poner el cuerpo. Por eso me gusta pensar en la imagen de los maestros de caligrafía que enseñan poniendo el cuerpo, toman las manos de sus alumnos, que sujetan los elementos de escritura en sus manos y acompañan el movimiento de esas manos. Y en ese lugar que es la escuela, volvemos maestros y maestras de caligrafía.

